

**Pregón**  
**Hermanidad del Rocío**  
**de La Palma del Condado**  
**2022**

*Nacho Molina Maqueda*

## *Capítulo I*

### *La llamada de Dios a ser rocieros toda la eternidad*

Así nos llama Dios otra vez, después de un sueño profundo durante el tiempo donde murieron de pena las flores al borde del camino y donde nunca hubo primavera en sus campos. Fue la noche eterna en el rojizo perfil del horizonte en sus veredas, el gris ribeteado en los perfiles de las bellas hojas que tantas veces adornaron su sombrero o las nubes forcejeando contra los cielos para ocultar al sol que te coronó de luz y de amor en la tierra.

Fue la lucha de la vida misma por contener el miedo, oculto en los vacíos y en los espacios, contra la esperanza que renacía tras los senderos que siempre parieron para ti los colores más bellos. Fue la nube de polvo más dura y cruel que se agarró de nuestra garganta justo cuando no pudimos caminar para encontrar la Luz del mundo.

Pero así nos llama Dios otra vez, aún espoleados por un bofetón de realidad que nos acercó al abismo de nuestra conciencia, al silencio en las entrañas contenidas, a la nostalgia de una campanita tañendo a compás entre los pinos, al tronar de la pisada serena y elegante de los bueyes tirando de la carreta, a la evocación de la plata dibujando su tronío entre las verdes ramas que la quieren acariciar a su paso, a la ausencia de la mano que se apoya en el hombro cansado, a la necesidad de un viva tras la salve abrazados, a la lágrima que se perdió tras el cristal que separaba la existencia de las ansias por vivir y a la búsqueda constante de tu mirada...

Es la sevillana que se quedó pendiente junto a tu madre en el camino, el vestido que se quedó colgado en el armario esperando llenarlo del polvo que cura los males, la casa que sólo escuchó el eco de la felicidad, la sonrisa saliendo con tu familia en el carro que tantas generaciones la vio volar, la medalla en el pecho de la ausencia, los caballos amarrados en el corazón y el simpecado entronizado en el altar del alma de todos los palmerinos.

Pero así nos llama Dios otra vez, después de haber visto cerrar las puertas de la gloria la noche donde se abrían para que el mundo fuera testigo de cómo echaba a volar la Blanca Paloma. De tener que imaginar la cara de la Virgen tras los muros de su iglesia, de recordar cómo sería el olor de la brisa que peina sus marismas, de ver de lejos la torre que custodiaba nuestro único consuelo, de rezar a una estampita arrugada de tanto besarla para que todo pasara, de buscar desconsolado el simpecado en su retablo para aliviar de rodillas tantos dolores, de rezar el rosario con las bengalas del miedo en familia, de no poder ir a verla y sólo buscar su consuelo en el pensamiento que sólo pronunciaba su nombre...

Son las miles de pisadas que se llevaron los vientos a ninguna parte, los brazos que no volvieron a luchar para hacerse con Ella, el cordón que se rompió antes de llegar a sus plantas, el hombro que no se clavó en su costero, el varal que se quedó esperando sufrir para llevar a su Reina, la reja que no sudó con el calor abrasador del amor

almonteño, los pétalos que se quedaron en la azotea esperando a posarse en el jardín de los cielos, las flores de papel que no cubrieron el arco, las macetas marchitas en los balcones de las casas, las palmas en las rejas de las ventanas muertas de pena, la peana que no fue trono de la Madre de Dios, el manto que tantas veces a su cuerpo los ángeles le habían ceñido y los rayos del sol llorando porque no pudieron cincelarse en su rotrillo y acariciarle la cara a la Virgen del Rocío.

Pero así nos llama Dios otra vez, con la pena del que se fue con la medalla al cuello de su hermandad, con el lamento de cruzar el río de la vida hasta las marismas de la posteridad, con el deseo de agarrarse a su paso y no soltarlo jamás, con el último aliento pronunciando la palabra con la que aprendió a hablar, con el beso en sus mejillas sonrojadas con las primeras claras del día, con la mirada puesta en la cara de la luna reflejada en las aguas de la laguna de su Madre, con la camisa de su padre cobijada en los costeros de las estrellas, con los luceros más rocieros brillando en los ojos de la Virgen y con toda la eternidad para poderle a su lado rezar.

No tembló la aldea entre las sombras de las bengalas, no se cortó la silueta del simpecado en la concha que abraza el amor del peregrino, oscuros y tenebrosos se mostraron los lucios, dolientes los potrillos entre las adelfas, escurridizas las aves que anuncian la llegada del Tiempo, misteriosas las calles sin las carretas, tímidas las velas crepitando su llama sin fuerza y hasta la torre de La Palma agachando su espadaña para llorar en silencio el luto de un Pentecostés sin el Rocío derramando su gracia por sus casas blancas de pureza.

Y así nos llama Dios, entre el recuerdo clavado en los huesos y con el advenimiento preñado de la ilusión. Así se abre tu historia y la mía; la del primer rociero y la del último que lo vivirá, la del que nunca lo vivió y la del que lo verá como nunca. «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe? *Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados.*

Por eso levanta el vuelo de la alegría más flamenca  
libera el espíritu que recita los vivas a compás  
acaricia el aire que el vuelo de tus volantes quiere besar  
y cuenta las horas para que por fin la primavera amanezca

no hay más miedo que no poderla tras la reja encontrar  
no puede la vida morir con la pena de no verla a hombros de los almonteños  
no se puede soportar más solo verla en sueños  
y en su paso no poder verla hasta el cielo volar

abre el corazón que tanta esperanza guardó  
mira al infinito de esa marisma blanca llenas de almas rocieras  
cuelga la tristeza en el rincón más oscuro que tú quieras  
pero corre a ver a la Virgen como desde siempre Dios mandó

Siglos te amparan en el camino que corre hasta tu amor  
cuántos corazones cruzaron sus tierras y clavaron allí la de este pueblo entero  
tantos como por Ella parieron en la noche los luceros  
tantas como veces a ti se aferraron en el gozo y en el dolor

Cómo se puede vivir sin las manos que sostienen la Fe de Andalucía  
quién puede huir de tanta belleza tallada en las perlas que adornan su cuello  
en las flores que besan el sol que se clavó al cuerpo más bello  
o a los hilos que bordaron el manto más hermoso que en el cielo tenían

Ya viene la luz cincelada en las estrellas de su corona  
viene con porte regio de hechuras soberanas  
la Reina con la cara y las manos más humanas  
y el paso del mundo con la oración más sonora

ya pasa la carreta que devuelve la vida a La Palma  
ya rompen los cohetes el miedo que la atrevesó sin piedad  
ya florecen los cantes en la rueda que busca en su ermita la eternidad  
y en el simpecado ya van hacia la Virgen todas sus almas

Así nos llamó Dios desde hace siglos a vivir este amor que es tan tuyo y mío  
las campanas tocarán una vez más a la gloria de su romería  
y otra vez el milagro se hará realidad el Lunes que para su Madre quería  
porque la vida empieza y termina en la Virgen de Rocío

## *Capítulo II*

### *El Rocío será tan eterno, como el amor de La Palma a la Virgen*

Y pensaban algunos que no iba a haber Rocío porque no se abrieran los caminos para recibir el calor y el color de las hermandades. Que no se iba a implorar su santo nombre porque los peregrinos no cruzaran puentes, ríos y vados en busca de la aldea. Que nadie se acordaría de su cara el día donde se cruzan las miradas para presentar el simpecado ante su altar.

Hay quien todavía dudaba que las hermandades morirían de inanición sin poder partir arropadas por la alegría de las carretas entre los carriles que buscan su puerto. Que sus hermanos olvidarían la esencia de sus fines y perderían el interés por sus constates vitales en mitad de un oasis con el que se daría media estocada a su existencia.

Hay incluso quien miraba este tiempo de ausencias en la romería como el termómetro para atestiguar la verdadera realidad del Rocío, alejada de la Virgen y de su devoción más profunda.

Pobres, no entendieron nunca de qué va esto. No saben ni tienen la más mínima idea de porqué existe el Rocío ni tampoco de la sangre que brota como el río que cruza sus entrañas en la piel del que nació rociero. Qué le pregunten a la Hermandad de La Palma la de pandemias, guerras, regímenes políticos y caras que ha visto a lo largo de los siglos. Cuántas veces le habrán dicho a sus gentes que el Rocío terminaría siendo un reducto en la modernidad alejada de Dios del ser humano. Qué de historias banales habrá escuchado este pueblo cuando algunos vinieron a gobernar desde el rencor y se encontraron con la puerta del corazón abierta para no negar nunca su amor hacia la Reina de las marismas. Aquellos que en nombre de la libertad vieron que la bandera más libre que encontraban los rocieros era la de agarrarse a la vara de su simpecado para correr al encuentro de la que siempre te da la llave para que seas tú y nadie más el que dicte los pasos en la vida. Qué lástima los que quisieron arrancar el azulejo de la Virgen de las cabezas de sus gentes, porque sólo encontraron el paso a las puertas de sus casas para que vieran que todavía no ha nacido el hombre capaz de alejarla de nuestras vidas.

Y cuantos rocieros lloraron la muerte de sus hermanos que a miles espiraban en estas mismas calles con pestes que arrasaban los cuerpos de quienes moraban en el miedo a la enfermedad más cruel. Cuántos a lo largo del tiempo vieron pasar la muerte por sus ojos y buscaron el único refugio que siempre estuvo abierto para acunar el dolor y el sufrimiento. Qué de lamentos escucharon los sus aceras que vieron partir siglos atrás la vida de quienes conocieron epidemias sin piedad que arrasaron a su paso todo cuanto vivía a su alrededor. Y en esa oscuridad jamás dudó nadie de que la salvación estaba tras la reja de su ermita en mitad de la marisma. Veían acabar la existencia pero sabían que había todo un Rocío en el cielo que esperaba para hacer de tanto dolor un gozo en la eternidad.

Otros rocieros tuvieron que escuchar los tiros clavando su ira en la cal bañada de sangre de sus casas. El triste odio entre hermanos que arrebató de sentido al ser humano para convertirlo en una oscura realidad de matar. Y ahí estuvo siempre el alma del que iba a buscarla para soñar la paz, que sólo podía venir de esos ojos que desprenden la misericordia de Dios. Por más que se empeñaran en herir la Fe, la Fe se amasó aún más en sus manos para repartirla hasta en el que no creía en Ella. Porque siempre fue el abrazo entre hermanos y la palabra de amor en la discordia. Y nadie pudo con la Virgen.

Y en todos los momentos más duros de la humanidad siempre hubo Rocío. Qué iluso fue pensar que si la Virgen no salía en procesión no iba a ver una procesión de rocieros que iba a ir a buscarla para rezarle por todos los demás. Qué poco nos conocen los que piensan que todavía hay modas para querer y creer en la Madre de Dios. Fíjate qué moda más extraña que en La Palma todavía no ha entrado otro color que no sea el de la Virgen del Rocío. Mira que le han puesto por delante trajes y siempre se queda con el de los apóstoles de Joaquín Castilla. Cuántos predicaron otros dioses tecnológicos, políticos y hasta ancestrales, y siempre a La Palma le gustó un Niño vestido de humilde pastorcito para ser su Dios. Le dijeron que la procesión va por dentro y le regalaron a la Virgen un paso con su escudo para que saliera cuantas más veces mejor. Quisieron coronar a varias reinas y se fueron a coronarla para que quedara claro quien es la Reina de sus días y de sus noches.

Por eso, claro que hubo Rocío  
tan cristalino como el agua que besa la orilla de su ermita  
tan puro como el corazón de to er que alguna vez ha venío  
tan bella como la luz que acaricia la cara de la Virgen más bonita

Y lo hubo en las noches oscuras del alma  
en las oraciones que buscaban ahuyentar el miedo  
en los enfermos postrados en una cama  
y en las manos de los que se fueron y no la vieron

Hubo Rocío en la comida que se dio al que nada tenía  
en las noches de hermandad rezando juntos el rosario  
en las misas que por Ella se ofrecían en la lejanía  
o en los que esperaron y no llegaron en el calendario

Y estuvo en la ropa que abrigó al que pasaba miedo en la calle  
en el calor de las noches frías en la soledad  
en el pañuelo que secó las lágrimas en este duro valle  
y en el abrazo al que por una ventana solo pudo ver la vida pasar

Y estuvo en las últimas despedidas en soledad  
en la oración al que se iba en la lejanía  
en el dolor de no tener una mano tendida  
en el lamento del mundo que ya nunca más vería

Y hubo Rocío en el vacío de los caminos  
en las lágrimas de los que soñaron llevarla en sus hombros  
en las velas a las puertas de su iglesia esperando a lo que nunca vino  
o en la última salve que se clavó en lo más hondo

Siglos lleva la Palma sin miedo al destino  
una eternidad sintiendo al verla el mismo escalofrío  
sabiendo que ni guerras ni pandemias ni años sin camino  
podrán acabar con el amor a la Virgen del Rocío

### *Capítulo III*

#### *Los bueyes que tiran de la historia del Rocío*

Pero qué misterio tienen aquí los bueyes  
Que tiran del joyero de la flor más pura  
de un amor que después de siglos todavía dura  
Y que vino contado desde pobres a ricos, desde plebeyos a reyes

Es la yunta que colorea en blanco y negro las flores del romero  
Las caras arrugadas con el nudo del pañuelo de hierba en el mentón  
Las manos arañadas de la sangre y el dolor del campo en su corazón  
Del que todo lo sufre para dar de comer a su familia primero

Tiran los bueyes de La palma de los antiguos carros de fe  
De alegres seguidillas con batas y volantes al calor de la candela  
De animales vivos que mataran el hambre rociera  
Y de guisos compartidos con ricos vinos en la sed

Son las promesas que tienen aquellas antiguas romerías en su memoria guardada  
Los animales que traen el recuerdo del tejado oscuro de las chozas  
De los acebuches con los brazos buscando el cielo que de madrugada los roza  
Y Los retales de la cerámica que contaba la leyenda de la Virgen en su fachada

Tiran los bueyes de la Palma de los sábados de romería entrando en la aldea  
Del simpecado de Almonte de anfitrión en el balcón de la ermita  
De los vivas que desde las altas carretas le gritan  
O de las madres cogiendo en brazos a sus niños para que desde la puerta la vean

Saben los frontiles de devotos rosarios a la sombra de los pinos  
De misas en los altares del templo hasta las primeras luces del día  
De curas que el Lunes no podían acabar su homilía  
Y de brindis en el Real con ricos y palmerinos vinos

Son los bueyes que evocan antiguos retablos con olor a sacristía  
A nostálgicos besos que en el camarín de la Virgen al cielo abrazaban  
Al sabor de las aguas que del manantial de sus ojos brotaban  
Y a pocitos con bucaros y garrafas de los que tan lejos venían

Y tiran de las flores que subían por los varaes del paso  
De las bambalinas de ricas telas que adornaban su cielo  
De leones luchando para que la Virgen nunca tocara el suelo  
Y de peregrinos durmiendo para verla al raso



Tiran los bueyes de La Palma de las manos que vistieron al Pastorcito  
Que de infante lo hicieron humilde aldeano en brazos de una Pastora  
Que lo mismo en los Llanos que en los tarajales a todo el que la veía enamora  
Porque nada hay en el mundo más auténtico y bonito

Y llevan en su paso lento los alfileres de la camarista en una silla de enea  
Las ráfagas de rayos de cuando el sol se enamoró de Ella  
De la media luna posada a los pies de la más Bella  
Y de tirabuzones que en el alma del rociero se enrea

Son los bueyes que aquella mañana de junio la vieron  
Los que conocieron al cardenal coronando de estrellas el firmamento  
Los que vieron impulsado al espíritu Santo desde la marisma por el viento  
Y posarse sobre sus sienes para coronar a las Reina de los cielos

Los que tiraban de antiguos y elegantes cajones  
los que se pintaban con ángeles rocieros que señalaban su destino  
los del tomillo y la menta para adornar sus rincones  
que cogían las mujeres para adornar el simpecado por los caminos

Y son los que se grabaron en los azulejos de las casas más rocieras  
los que llenaban de alegría sus antiguos barrios y balcones  
los que colgaban jazmines haciendo de las ventanas vidrieras  
o los que adornaban su paso con macetas y mantones

Son los bueyes de La Palma los que se arrodillan por todos nosotros  
los que agachan su cabeza sin aguantar su mirada  
los que rezan en silencio junto a los mulos y los potros  
y los que tiraban de las carretas con las muchachas más refinadas

Tiran sus bueyes y todos los rocieros sienten en sus entrañas el mismo frío  
Porque saben que en ellos no sólo va el simpecado de La palma  
Sino la pintura del nacimiento rociero y peregrino del alma  
Y la historia misma de la romería de la Virgen del Rocio.

## *Capítulo IV*

### *El palio de las arenas*

Pero tiran también esos bueyes de un templo cincelado con la plata de la cara de la luna más rociera, que bajó la noche donde se unieron unos ángeles orfebres para arrancar el altar de la Virgen en el cielo y hacerla carreta para peregrinar hasta su Casa en la Tierra. Es la vieja aspiración de los plateros que en otro tiempo miraban a las estrellas para encontrar la aspiración de la obra inalcanzable, la profusa ilusión de los joyeros que tantas veces miraron la cara de la Virgen para buscar el evangelio de un retablo que compusiese la belleza mística de las alturas. Es el retrato de la unción que camina, la palabra justa y medida que no habla, el joyel que ha de guardar a la Mujer vestida de sol, el cristal de plata arrancado del mar para cobijar a su perla, la música de un campanario que suena tan lento y suave como su paso, la prolongación del silencio de una madrugada que defiende ahora y en todo tiempo la Pureza de María o el repujado fino de los dedos de los apóstoles para mostrar el camino hacia la gloria.

Son seis columnas como seis brazos que arrancan de la devoción en la tierra y que terminan en el encuentro cara a cara con Ella en las alturas. Es el lenguaje del arte con lo sobrenatural, donde muere la creación para nacer ahora como obra sin tiempo ni espacio. Es la llamada del Espíritu para caminar a su encuentro, el templete que cobija la esperanza de La Palma, el sueño de los que quisieron dibujar la devoción en una carreta, el abrazo de la Fe pasada, presente y futura o la escalera que lleva a las pinturas colosales del sagrario donde este pueblo cobija al Dios de los cristianos.

Es el vuelo de un gran águila imperial de plata que cruza pueblos y arenas para anidar en la blanca concha que abraza como sus alas a sus peregrinos. Es el viento elegante y cadencioso que levanta cuando arranca, ese que abrasa la piel de la hermosa letanía de su belleza, el rosario que sale de cada uno de los candelabros, las velas que iluminan el atardecer de su entrada mística en la aldea, la talla de un respiradero por el que respiran las arenas que quieren llegar al Rocío y los que van a pie agarrados al altar de Doñana.

Es un faldón bordado con las lágrimas de hilo de oro que caen de las alturas para rematar el altar al llegar al señorío de su Rocío. Son las perillas que buscan el cielo azul de La Palma el jueves, las cornisas de una catedral tallada en plata, las torres que se elevan para anunciar que viene el simpecado de la Virgen, las espadañas del templo de la Madre de Dios de sus vecinos, las campanas que suenan al fandango de Huelva por las arenas, la puerta de una ermita que se hizo castillo y fortaleza para proteger el amor a la Virgen en este pueblo, la voz fina y santa de las Hermanas de la Cruz en los apliques del simpecado, los balcones de hierro forjado de sus casas, las siluetas de la cerámica de las fachadas, al rosario de una noche de agosto, al voto más hermoso que sale en procesión para librar de la muerte, el olor a nardos trepando por la blanca cal de sus oraciones, el gozo inmenso de la cruz del Señor anunciando la salvación, la cera que derrama la Pasión de un Cristo que aquí resucita como en

ningún sitio, la Fe que echa volar del techo de su carreta para contarle a la Reina de las Marismas que ya vienen los rocieros de La Palma con el perfume de una carreta que diseñó el mismo Dios para cobijar a la imagen que vive en los cuadros de sus alcobas, en los retablos de sus patios y plazas, en las paredes de las aulas de los colegios, en los rincones más bellos de las bodegas, en los altares de las capillas y sobretodo en las entrañas de todos los que vieron aquí por primera vez la luz en sus días.

Es ese maravilloso regusto de otro tiempo, esa bendita locura cincelada en plata que a todos deja envueltos en una locura cuando ve pasar la carreta de la Hermandad del Rocío de La Palma del Condado.

Y tiene mi carreta bambalinas que se mueven como velas de una gran nao descubridora

Como las olas de arena que se van batiendo para avistar la tierra que todos buscaban  
Como el timón que atraviesa la marisma por una carabela conquistadora  
Como el rugido de todos los mares que desde el principio la abrazaban

Es la galopada del viento acariciando los viñedos de plata  
El campanario de la torre de la iglesia con un simpecado por campana  
El oro de la devoción que a todos los palmerinos ata  
Y el trono que quiso para su hija la abuela Santa Ana

Son las luces que se reflejan entre las siluetas de sus cartelas  
Es la anunciación de la palma al mundo de cómo quiere a la Blanca paloma  
La pintura tallada en una carreta del Pentecostes con más solera  
O la coronación plasmada entre el tomillo y el lirio que al verla pasar se asoma

Es la música del Rocío en los caminos  
el tamboril plateado que abre las flores  
el ángel que toca la flauta con mimo  
o la guitarra que suena con el rajeo de las alas cantoras

Es la conversión del dolor en la poesía del gozo mariano  
el verso del Nacimiento del Señor camino del lugar donde nació  
la muerte dormida en el regazo que cae de sus manos  
y la Resurrección en las marismas donde hasta el cielo ascendió

Tiene mi carreta bambalinas que acarician las varas del peregrino con romero  
Cintas con el vuelo de las golondrinas que anidan en su puerta  
Ocho jarras como ocho varales sostenían su paso entero  
Con ramos de azucenas que de Pureza al mundo vierta

Y tiene maniguetas que sostienen las manos de los palmerinos del cielo  
Rociera penitencia que camina al compás de antiguas sevillanas  
Una divina pastora que guarda hermosa la delantera con celo  
Y un andar que acuna al simpecado como una bella nana

Tiene mi carreta bambalinas con caireles de amapolas  
Las manos de Seco Velasco tallando a los Santos del basamento  
A Castilla pensando la obra sublime para quien en su vida adora  
O los pinceles de Santiago Martínez retratando a la Virgen en el firmamento

Es el crujir de las dos ruedas más rocieras  
los pies de los que caminan para curar las heridas de sus casas  
los que lo hacen pensando en la salud de sus abuelos  
la capilla que llena todo de Rocío por donde pasa

Es el relicario que lleva la Fe de los palmerinos  
el confesionario que le cuenta al oído sus secretos  
el beso a la Blanca Paloma de los que no fueron al camino  
el regalo a la Virgen que dejaron los antiguos a sus nietos

Y Tiene mi carreta el vuelo de la Virgen a hombros de los almonteños  
El altar más bello que de Rocío todo lo llena  
El prodigioso retablo que cobija al simpecado de nuestros sueños  
Y la gracia más Rociera de un palio por las arenas

## Capítulo V

### *La Pastora y la vuelta tantas veces soñada*

Lleva en su sombrero las flores nuevas  
las que nacen con Ella cada siete años  
las que adornan el jardín de la Reina desde antaño  
las que visten de rociera a la primavera

Una amapola arrancada de los Llanos del cielo  
viene prendida en los tirabuzones que mueven los vientos  
como un corazón que clama loco por su aliento  
como un beso de pétalos que alza su vuelo

Una corona posa en sus sienes los colores de Doñana  
una Paloma vestida de joven doncella viajera  
una pabela de gran Dama donde posarse el oro quisiera  
para coronar a la que un sabio Rey hace mucho cantara

Por su espalda cae con gracia un gran lazo  
anudado por los ángeles que recogen su pelo  
y que pliegan su manto con celo  
para que ciñan a su cuerpo su amor y sus abrazos

La tarde viene cayendo el semblante  
despide con pesar la luz que ha de traer la noche  
que se une al amanecer llorando como un broche  
para abrazar su vida a la Mujer que aquel día tuvo delante

A compás se mueven los flecos de su vestido  
que bailan al son de Almonte en sus costeros  
que con alegría la enseñan dichosa al mundo entero  
para que se cumplan las promesas que a su traje van prendidas

Un pañito duerme a la Virgen por el camino  
un velo bordado con lágrimas viejas almonteñas  
un sueño que devuelve a Casa a su Dueña  
una nana flamaneca cantada por miles de de latidos

Atrás deja escrita otra bonita historia  
llegó entre arrullos y mareas de algarabía  
conoció el silencio trágico que a la Humanidad poseía  
para volver a llenar de Rocío la Gloria

En su saya van cosidos nuestros corazones  
duros metales que derriten su fuerza  
cuando en el Chaparral la pena se retuerce  
al ver partir en sus mismos hombros a la Reina de su amores

Arcos y cúpulas levantan como catedrales  
estrellas de papel en sus plazas y calles  
estrellas bordadas en oro en su fino talle  
y oraciones para que otros siete años cure sus males

Las escopetas rezan la salve en el horizonte  
despiertan con Ella otra vez a los verdes campos  
corren felices las aguas de los ríos más santos  
y atrás quedan llorando las calles de Almonte

El polvo es una cortina de almas a su lado  
el sol el fuego del Espíritu que lleva a la Virgen en volandas  
un ave maría que reza hasta el romero que va en sus andas  
un santuario de pinos que evoca siempre al pasado

Como luceros resplandecen los bordados de su esclavina  
que se saben velas votivas de todos los que la imploran  
de rezos perdidos que entre las lentejuelas afloran  
y que siempre son escuchados por su Madre divina

no hay guardapolvo que pueda cerrar el cielo  
no hay tela que tape el nácar de su piel  
no se pueden ocultar sus ojos bañados de miel  
porque su cara en las entrañas siempre alza el vuelo

Tristes quedaron el lentisco y las adelfas  
la jara se quedó sin flor hasta dos veces  
otras partieron porque nada sin ti florece  
y muchas murieron esperando tu vuelta

A galope van a tu encuentro en la laguna las yeguas  
curiosos los potrillos que supieron por sus madres de tu existencia  
nerviosos los ánsares que por ti siempre tuvieron querencia  
Qué vacío sintieron en este tiempo aquellas tres leguas

Majestad que a todos asombra con sombrero de copa alta  
Mujer que en sus manos al mundo muestra su realeza  
entre parcelas, veredas y ríos que ante Ella rezan  
con cara de Niña guapa que el alma exalta

De menos echaron el campo y las aves a su Dueña  
a hombros de tu pueblo vuelves años después al Rocío  
Reina con corona de flores entre el gentío  
y donde siempre serás su humilde Pastora almonteña

## *Capítulo VI*

### *La Palma, el pueblo del Divino Pastorcito*

Pero es también este Rocío que viene la romería de los pastorcitos. Porque de ellos es esta vida que se vuelve a abrir y que tiene en este tiempo el resplandor de las luces que desprenden su cara cuando una sonrisa se adivina en sus rostros. Es la flor que nace otra vez a la vera del sendero y que cogerá entre sus suaves manos para soplar sus pétalos a ese mundo que paró sus descubrimientos.

Son los ojos que se abrirán por primera vez al tronar de los cohetes en el aire, al soniquete de mayo en esta tierra con los cascacos de los caballos chocando contra el suelo, el olor a romero fresco que desprenden sus calles al pasar, a los lunares simulando el cielo en el talle de las mujeres, a las guitarras rompiendo el día y la noche, a las campanas anunciando la alegría de Dios cuando llega la primavera a la Palma, a los traslados del simpecado para preparar el cuerpo y el alma a lo que viene, a limpiar la plata de la carreta para que brille más que el sol cuando se encuentre con Ella, a picar las flores de papel para adornar los carros o a las lágrimas de los mayores.

Son los pastorcitos que abrirán el cajón de los sueños para despertar de noche y enfundarse unos pequeños zajones y la chaquetilla de su padre cuando contaba rocíos como él ahora. Las prisas de las niñas para ponerse el ramillete de flores en el pelo y salir corriendo de la mano de su madre para sentir ese frío tan particular de la mañana de salida. A lo lejos el cohetero anunciará que Dios nos llama a su mesa, mientras esos ojitos curiosos mirarán cómo por todas las calles se acercan hombres y mujeres llenando de colores y de alegría los espacios.

Los primeros rezos se clavarán en el alma de los pastorcitos, como esa primera oración que aprenden en sus casas y que después elevan cuando van a a ver a la Virgen en brazos de sus abuelas. Las primeras sevillanas que les habían cantado como una nana en sus cunas y que ahora comienzan a sentir como propias en las voces emocionadas de sus familias en aquella mañana. Será el sol que no olviden jamás, porque despunta con la felicidad del encuentro único con un pueblo que ya nunca será igual después de mirarlo en un carro camino del Rocío.

Entenderán entonces porqué su abuelo siempre reza una salve cuando pasa por el precioso monumento a la Virgen, el celo con el que cuelgan sus medallas todo el año junto a la fotografía de la Virgen en sus casas, las flores de la carreta que secan y que todo el año cuidan como un tesoro, los besos de despedida de los que llorando se quedan en las puertas de sus casas, las sevillanas con las gargantas rotas cuando pasa el simpecado, los abrazos del reencuentro de los que caminan siempre en el mismo lugar junto a la carreta, la intimidad del adiós a la Virgen del Valle, las sonrisas nerviosas de los amigos de sus padres al subirse al carro, las copitas de aguardiente para calmar los escalofríos, los recuerdos nostálgicos que brotan al arrancar la



comitiva, las experiencias de aquellos duros caminos de los que ya nadie se acuerda o el traqueteo de los carros que cae los platos de la mesa.

Son los pastorcitos que descubrirán a qué huele el camino del Rocío con La Palma, los primeros pasos junto a la rueda del simpecado, las fotos subidos en la yunta en el sesteo, el primer tamboril que romperá de tanto tocar al salir, el rezo del ángelus, la travesía por otras calles o el encuentro con rocieros que llegan de todas partes para caminar junto a ellos. Conocerán la emoción en las lágrimas de sus padres, el abrazo agradecido por compartir la vida junto a la Virgen, el relente de la caída de la tarde, la noche cruzando el campo, los cohetes llenando de estrellas fugaces el cielo del Rocío, los vivas de gargantas rotas al entrar en la aldea, el sonido de los campaniles anunciando que llegan los palmerinos, las enseñanzas de los mayores, a besar la medalla al quitársela del cuello, a sentir ese sentido de pertenencia a una hermandad. Porque a partir de ese primer camino entenderá la sangre que corre por el cordón que anuda a su escudo y al de su familia, el mágico secreto que se vuelve a renovar para convertir a los más pequeños pastorcitos en los más grandes rocieros.

Y es que La Palma es el amor del Pastorcito  
el niño que juega a esconderse entre los bocoyes de sus bodegas  
a correr por la plaza donde siempre es primavera  
o a caminar junto al simpecado de su Madre en un alegre caballito

Y con Él vienen todos los nuevos pastorcitos  
almas blancas que nunca vieron llegar el Rocío  
alegría desbordada en los ojos de los críos  
pequeños peregrinos que descubrirán por fin su cara tras el pañito

Ya el Niño les ha contado cómo vive La Palma el Rocío  
y todos sueñan con llevar su medalla al cuello  
para cruzar la aventura de un camino tan bello  
donde todos cantan y bailan sin importar el calor ni el frío ni el polverío

Dice el Pastorcito que con ellos nace un nuevo Rocío  
el de los niños que se quedaron encerrados sin romería  
el de la primera vez que se mirarían  
y el de conocer el paso de la Virgen el Lunes entre el gentío

Los que sacaron un simpecado a las puertas de sus casas  
los que hicieron de sus pasillos un camino  
los que hicieron a sus padres comprar caballos y bueyes en el chino  
los del tamboril tocando a las cuatro de la tarde, que tienen guasa

Los pastorcitos que sentirán el andar de un caballo  
el alegre trotar tirando de un charré  
acercarse a los bueyes por primera vez  
y en los pies el dolor de los primeras rozaduras y callos

Son los pastorcitos que no tendrán el retrato de todas sus romerías  
los que vieron llorando rezar en la distancia a sus abuelos a la Virgen del Rocío  
pero que ahora nacerán en sus manos para llenar el mundo de Fe como ese río  
que juró ante la Reina de sus vidas que ya nunca más faltaría

Y así se renovará el compromiso rociero desde hace siglos escrito  
ya vienen los niños de la Virgen del Rocío  
y lo hacen con una hermandad de tronío  
la de la Palma, el pueblo del Divino Pastorcito

## *Capítulo VII*

### *Yo vi el cielo en la cara de la Virgen del Rocío*

Fue como una ráfaga del espíritu Santo, una bóveda de luz que bajó de los cielos para abrazar el altar donde una madre llevaba de su mano a sus dos hijos. Ella fue a verla, a pedirle por lo que todos hacíamos cada día, y también a presentarle lo más preciado de su vida, los niños que la propia Virgen le había regalado para que conociera a los amores de su vida. Igual que cuando llevó a su Hijo para presentarle en el templo, ella llevó también los suyos al templo donde estaba la madre de Dios, ese lugar donde a aquellas horas acababa de terminar la misa y donde siempre un gentío se arremolinaba en torno al altar para mirarla de cerca. Desde allí ya pudo sentir el amor que desde su paso desprendía a todos los que se miraban en sus ojos. Es el lugar donde se espantan los miedos, la esfera de misericordia que envuelve al cuerpo y calma los miedos del alma. Poco a poco se fue acercando, haciéndose un hueco con sus niños hasta llegar a esa pequeña reja que separa el cielo de la tierra. Ellos agarraron sus manitas a los barrotes y escuchaban a su madre cómo les hablaba de la Virgen, justo cuando en ese momento una voz les dijo que pasaran a la sacristía, que allí les estaban esperando.

Allí, en un gesto de generosidad más, de esos que llevan haciendo los almonteños desde que la Virgen bajó del cielo para compartir a su patrona con todos, su presidente los hizo adentrarse por aquella estancia. Al llegar al final de la amplia sacristía, una pequeña puerta al fondo, tras la que se adivinaban los basamentos de unos varales de plata, anunciaban que tras ella estaba la gloria. Con una leve indicación, aquella joven mujer se encaminó hacia aquel lugar que quiso que aquellos niños vieran para que entendieran el lugar en el que viviría su madre lejos de ellos y donde los esperaría hasta la eternidad. Era la manera de hacer ver a aquellos pequeños que la vida tiene su prolongación en ese camino que se abre cuando la piel se queda entre nosotros pero el alma vuela a su encuentro. Ellos aún ahí no lo sabían, pero su madre estaba escribiendo el testamento de Fe al que debían agarrarse el resto de sus vidas cuando pensaran en ella, cuando sintieran el miedo de no tenerla cerca, la ansiedad de no saber si seguiría cerca de ellos, las dudas de si vendría a abrazarlos en los momentos duros de la vida, la incertidumbre de no tener esa mano maternal a la que agarrarse cuando vinieran las tormentas vitales o de la soledad de no tener el abrazo de quien un día te dio la vida.

Pero aquella mirada entre la Virgen y ella fue lo suficiente como para que las dos se dijeran en silencio que arriba la estaría esperando para llevarla a la Casa del Padre y abajo estarían sus hijos en la ternura de sus manos, como el pequeño Niño que sostiene para salvarnos a todos. Era el dolor de una madre que dejaba en manos de su Madre del cielo dos vidas que empezaban a vivir, la misma que conoció la muerte de ese mismo Niño con el remolino en la frente que nos muestra en su regazo.

La iglesia pareció quedar en silencio, un susurro que se fue esfumando para dejar sin

voz aquella escena mística que unía la vida terrenal con la vida eterna. Todo pareció esfumarse, como si los que hasta hace unos minutos llenaban el templo se hubieran esfumado de aquel lugar. Los tres se colocaron tras el manto que levemente caía por el paso. El niño y la niña miraban con ojos vitales y curiosos todo lo que les rodeaba, mientras su madre hablaba clavaba sus ojos sin un solo pestañeo en la Virgen. En su interior hablaban, se decían tantas cosas y todas, a pesar de la dureza de los que venía, llenas de esperanza. Allí estaban, madre e hijos, junto a la Reina de la Paz, el suelo santo que se pisa para entender que nada acaba y que todo empieza a su lado.

La Virgen ya les estaba enseñando a Cinta el cielo y ella a sus hijos la casa desde la que los cuidaría hasta que se vuelvan a jugar juntos junto a Ella.

Lo que se dijeron nadie lo sabe, pero todos sabemos que fue el último encuentro donde como el Sí de María, ella aceptó la voluntad del Padre y se echó a los brazos de la Virgen sabiendo que nada malo podría venir si vamos de su mano. Un beso a su manto selló el acuerdo entre las dos, mientras de las lágrimas brotaban blancas azucenas que la propia Pastora recogió de sus mejillas para hacer un ramo de amor. Agarró su manto como después se garró en el cielo a sus brazos, debajo de él sintió como toda la misericordia de Dios cayó sobre ella y sus niños y vio por primera vez el horizonte lleno de esperanza.

Fue el adiós más duro, pero la ventana a una estrella desde la que hoy nos sostiene y no cuida a todos. Allí está correteando las calles de La Palma con todos los que la cogieron en sus brazos aquí en la Tierra. Subiéndose en las rodillas para besar el rostro de los que allá arriba la esperaban, sintiendo el calor de una familia que sigue unida bajo el amparo ahora de la Virgen del Rocío. Todo lo hizo Ella y todo lo seguirá haciendo aunque a veces no entendamos sus designios, que se quedaron anclados en aquella tarde de everanos una mujer puso a sus hijos en las manos de la Virgen y ella se fue a su lado para esperarnos en el Rocío eterno del cielo.

No podía haber despedida más hermosa  
el retrato de una familia que rezaba sin miedo al duro desafío  
un cuadro del cielo con cuatro blancas rosas:  
una madre, sus niños y la Virgen del Rocío

Un hermoso encuentro donde se cumplen los sueños  
una caricia en el paso donde se renueva la vida  
un abrazo celestial al pequeño riesueño  
un beso a la niña bonita que lo cuida

Allí estaba ante tu puerta para ofrecerte el sacrificio  
allí dejaba en tus manos lo que tuyo era  
en tu altar devolvía la promesa que junto a ti dio inicio  
para que todos a partir de entonces estuvieran siempre a tu vera

Es el camino más rociero que jamás conocí  
la oración que la Virgen al oído a Dios contó  
el testimonio de Fe que nunca vi  
el cielo que a sus plantas la Blanca Paloma pulió  
No tengáis miedo porque en su mirada está la vida que viene  
en su manto las alas de los ángeles que nos llevan a su altar  
a sus pies la luna que posaron los que allí arriba más la quieren  
y en su ráfaga en sol que hasta la eternidad nos alumbrará

No temáis porque en su rostrillo caben todos los diamantes que habéis parido  
en su cuerpo todas las flores que de vuestros vientres nacieron  
en su pecho el corazón de todos los que con Ella se han ido  
y en su cara los ojos de todos los que en este mundo la vieron

Quien dijo que la vida termina en la tierra  
Si yo sé donde están esas marismas en la que gozan de la gloria los míos  
el lugar eterno donde el alma con Dios nunca quiebra  
el cielo que yo vi con mi hermana en la cara de la Virgen del Rocío

## Capítulo VIII

### *Si la Virgen mira a La Palma habrá Rocío en el mundo*

Cerrado estuvo durante años el arca donde se guardaban las emociones del tiempo, ese donde el Señor termina de Resucitar en nuestra tierra. Esa llave que se guardó junto a las flores secas del camino de vuelta a la espera de volver a llenar el jarrón del color de otro Rocío que sólo se soñó. Nadie nos avisó de que la vida seguía siendo igual de frágil que cuando fundaron esta hermandad siglos atrás. En aquel arca se quedaron demasiadas cosas, demasiadas personas, muchas ilusiones por cumplir, caminos que ya nunca se recorrerán, rocíos que ya nunca volverán a ser igual.

Ahora, hemos sacado la llave para volver a abrir ese arca de madera que contiene una fotografía de un niño pequeño con una chaquetilla blanca y unas piernas *gorditas* que camina por los adoquines de unas calles que, en esencia, casi no han cambiado. Allí está la evocación de una silla con una medalla con el cordón rojo y blanco que paseó por la casa que se hizo tantas veces Rocío y que sirvió para imaginar todo lo que hasta entonces no conocía. En el fondo está otra imagen de un patio cuajado de macetas, con rejas verdes en las ventanas y la escalera. Al acercármela al pecho siento el frescor de sus noches, el olor a dama de noche impregnando mi cuerpo, al cantar de los grillos entre una animada charla de mayores y a risas e historias interminables entre tapas y copas de vino.

En una esquina hay un llavero con el escudo de la Policía nacional, que siempre colgaba de aquellos pantalones cortos y zapatos de tela. Tumbado aparece el simpecado que lleva su cara y sus huellas. Es el color de su piel en la tela. Justo detrás un cuadro con la cara de la Virgen en blanco y negro que velaba aquellos pensamientos que siempre estuvieron cargados de un amor tan sincero que ya no existe. Me acerco y siento los abrazos, una ristra de besos estrujando mi cuerpo y otra vez el olor a santidad...

Hay también una mecedora que se tambalea al mismo ritmo que las agujas del reloj, una carcajada que sale del fondo del pasillo, una olla con *cochura*, unas papas bien fritas y un montón de de azúcar en todas las bandejas. Puedo ver un trozo de escalón de mármol y en él las huellas de los saltos, de las esperas de un romerito y de los carros y de los claveles volando a las aceras. Si intento acercar mi oído al arca suena también el rajeo de los dedos contra la mesa marcando todo tipo de compases, un bastón chocando contra el suelo y unos pajaritos en el patio cantando la melodía eterna en todas las casas y de todas las épocas.

Y, como siempre, Tú al fondo. Hasta en el nombre de la calle. Siempre en todos los calendarios, en las estampas debajo del cristal, encima de las mesas, en los pisacorbatas, en los escudos de solapa, en las estanterías y en la mente de todos los que aquí vieron la luz.

Y a ti vengo otra vez, quizás no como pensaba que lo iba a hacer, quizás sin todos los que tenían que estar. Vengo paladeando el aire que no miente, el que me trae sus voces, sus gritos, sus risas, sus costumbres, sus caras y sobretodo me trae el amor. Mucho amor. Daría lo que fuera por volver a sentir una sola caricia de sus manos arrugadas en mi cara, por ser otra vez ese niño que jugó a ser tuyo y a celebrar tu fiesta en una familia que no puede mirarte a la cara sin llorar.

Vengo con las manos abiertas para recibir ese Rocío que se derrama en tus ojos y que llena el alma de Fe. Dispuesto a sentir los churretes del polvo arañando la cara y los pies llenos de heridas para encontrarme con la razón de todo lo que pasó en tu ausencia.

Necesito ver que cuando vuelas, Paloma, el horizonte vuelve a tener el color de tus mejillas al amanecer, que nada cambió cuando te acercas de espalda y justo al llegar te das la vuelta y tu sonrisa se clava en el alma como un puñal de esperanza, como un cañón de felicidad que nos hará comprender que no hubo mayor testamento vital que habernos enseñado a quererte.

A tu encuentro vienen desde La Palma por un camino que es el medio y nunca el fin, porque aquí saben que su caminar es sólo un tránsito hacia la razón de que todos sigamos a un simpecado. Tú eres el único motivo por el que aquí vuelven a abrir ese mismo arca y a revivir la vida que viene de ti. Todos agarrarán fuerte la medalla que vieron brillar en el cuello de los suyos y hasta enterrar para llevarse con ellos el motivo por el que vivieron y la imagen con la que ya están. Nacieron todos en La Palma para quererte, para amarte en silencio, en la discreción del cristiano que sólo siente el golpe de los bueyes en la carreta, en una fidelidad absoluta que no decae sino que crece.

Este año cerraremos fuerte los ojos cuando eche andar la carreta y sentiremos el aroma de las marismas en nuestra piel como último suspiro de nuestras vidas. Es la vida que nace y que no sabemos cuando volverá a morir. No pienses en lo que vendrá después porque sólo la que está en el altar sabrá cuando será otra vez. Exprime el momento y el día, la situación y la emoción, porque sólo tuyo es ese instante y Dios te lo da como un arca que abre otra vez para sellar la alianza entre La palma y la Virgen del Rocío.

Y mientras viva seguiré velando el paso de la Luz por tu puerta  
la claridad que llega entre una lucha ancestral  
las manos nerviosas que te llaman con las palmas abiertas  
la escena de una procesión única y magistral

Entre los viejos acebuches aparece su portentoso perfil  
de lejos se ve venir la Virgen de Andalucía por excelencia  
elegante sombra que se clava en los porches al ir y venir  
como una ola que rompe todas las leyes de la ciencia

Es Almonte quien trae a la Virgen que casi mil noches viera  
las venas sobresalen de unos brazos y unas manos enrojecidas  
agarran los varales y parece que el mundo rugiera  
en un alarde de fuerza que devuelve al verla la vida

A veces parece que viene y otras parece que se aleja  
es la vida misma en una marea de sentimientos encontrados.  
Cuando todo parece perdido llega Ella y el alma se queda perpleja  
con un zamarreón en el pecho que sólo te puede dejar enamorado

Y así llega a la puerta, al principio como tímida y discreta  
casi mirando de reojo y sonrojada de ver a tantos que la esperan  
en el sitio pidiendo hueco para no molestar y quieta  
en un tenso silencio esperando a que elija el momento que quiera

Y se vuelve, mira a La Palma y se obra el milagro  
avanza hacia un simpecado que le parece decir que pase  
ahí toda mi vida a Ella consagro  
y todo el cielo parece que guapa le gritase

Los pétalos chorrean el alba hermosos de colores desde la azotea  
lentamente avanza y unos gritan, otros lloran, otros cantan y otros dan vivas  
todo aquello que provoca la Virgen y que hace que hasta el más negado en ese  
momento crea y hasta el muerto con Ella reviva

Ya está mirando la Virgen al simpecado de La Palma  
y se encuentran el cielo y la Tierra  
se reza la salve y la mirada se eleva buscando sus almas  
en un recuerdo que el corazón a esa hora quiebra

Mira la Virgen a La Palma y el oro se derrite en lágrimas por las mejillas  
los ángeles que custodian su pintura vuelan prestos a su lado  
al oído le cuentan dichosos sus cosillas  
de promesas y gracias que desde La Palma han llegado

A duras penas se acerca el simpecado con alegría  
elegante custodio de la devoción palmerina  
colosal pieza de Fe donde bebió tanta sangre mía  
joya que a sus pies el camino culmina

Se mira la Virgen en su espejo y ve a un maestro rezarle  
un hombre rodeado de niños pobres y buenos  
una voz infantil que aprende la salve a cantarle  
un santo palmerino que llevó a Dios en su corazón rociero



Sobre su retrato una corona asoma entre dos manos  
orgullosa mira su obra quien llenó de gusto el Rocío  
una carreta, un simpecado y una hermandad única para sus paisanos  
y un paso con su escudo y el de este pueblo tan mío

Y mira la Virgen al simpecado y no puedo más que acordarme de ella  
veo en la cara su sonrisa infinita y sé que por ellos todos los días vela  
solo espero que algún día en ese otro Rocío bailen en esa estrella  
que ahora siento con mis niños de la mano de mi abuela

Y allí veré siempre a mi padre llorando delante de la Virgen de Pastora  
llevándome en brazos hasta su blanca ermita  
el lugar donde viviremos en la gloria junto a la Señora  
en la alegría de haber tenido la familia más bonita

y veré a mi madre, la flamenca más guapa que entró en su aldea  
y veré volar los volantes de su vestido en las arenas  
la mujer que me dijo que en la Virgen siempre crea  
y el regalo de la Blanca Paloma de tener a la mujer más buena

Y allí estaré hasta que me muera como todos los rocieros  
en la puerta donde se renueva la Fe de los míos.  
Porque mientras la Virgen se mire con La Palma en ese cielo  
habrá siempre en el mundo Rocío

**He dicho**